

Lunes, 10 de abril de 2006

- Portada
- Burgos
- Provincia
- Miranda
- Ribera
- Castilla y León
- España
- Mundo
- Economía
- Deportes
- Vivir
- Cultura
- Sociedad
- Tecnología

Vivir

LITERATURA

Burgos, cara y cruz en la vida de Francisco Ayala

El centenario escritor granadino estuvo vinculado a la capital castellana porque su padre fue administrador del Monasterio de Las Huelgas Reales. La Guerra Civil frustró una época feliz en su vida y en la de su familia

R.P.B. / BURGOS

Francisco Ayala disfruta estos meses del merecido agasajo que supone llegar a los cien años. Maravillosa y lúcida longevidad la suya. La intensa vida de este prolífico escritor y humanista es hoy un testimonio excepcional del siglo XX, un retablo de experiencias e historias que acoge los acontecimientos más destacados de una época irrepetible. Nacido en Granada el 16 de marzo de 1906, a lo largo de estos cien años Ayala ha vivido en innumerables ciudades. Burgos también se cruzó en su camino, si bien los malos recuerdos que le dejaría esta ciudad acabarían solapando a los buenos. Según evoca en su libro de memorias Recuerdos y olvidos la 'relación' del escritor y de su familia con la capital castellana arranca al poco de proclamarse la II República. Su padre, el abogado Francisco Ayala Arroyo, luego de quebrar la empresa para la que trabajaba en Madrid, fue nombrado administrador del monasterio de las Huelgas Reales, «adonde se trasladó la familia, instalándose en una casa contigua al convento. Allí vivieron mis padres hasta el final de sus días -unos pocos años, un breve respiro antes de la tragedia-, durante los cuales, por primera vez desde que se casaron, pudo gozar mi madre la tranquilidad de no sentirse acosada de acreedores», rememora el escritor en la citada obra.



- Blogs
- Primera Plana
por Antonio Mencía
- CIVITAS
por Urbi et Orbi
- Dímelo en la calle
por Angélica González

- Servicios
- Pág. Blancas
- Pág. Amarillas
- Alojamientos
- Restaurantes
- Callejero
- Rutas Urbanas
- Rutas Interurbanas

La familia de Ayala se instaló en una vivienda «con un hermoso jardín y huerta». Los hermanos, (eran seis) estaban ya colocados a excepción de los tres más pequeños, que residían con los padres en Burgos. Afirma el escritor en sus memorias que al poco de instalarse sus progenitores en Burgos se estableció entre el nuevo administrador y la comunidad de monjas que administraba «una corriente de estimación y confianza recíproca. Esa comunidad estaba gobernada por una mujer inteligentísima, doña Esperanza, que cuando el turno le tocaba era abadesa, y cuando no, manejaba a sus compañeras de claustro desde detrás del solio ocupado por la titular del momento». El escritor recuerda también a don Pedro, «el capellán de las monjas, apodado 'el cura negro' por lo cetrino de su tez, un hombre de excelente corazón y buen humor».

Francisco Ayala ya estaba casado entonces con su primera mujer, la chilena Etelvina Silva, y ambos residían en la capital de España. «A nosotros nos gustaba ir a pasar algunos días a Burgos siempre que ello era posible, y lo hacíamos cada vez que unas vacaciones, por breves que fuesen, me permitían ausentarme de Madrid. ¡Qué alegría tan grande, encontrar a mi madre con ánimo tranquilo, y una placidez que nunca antes le había conocido en los días de mi vida, entregada a los mismos placeres que de niño solía compartir con ella! Otra vez tenía un jardín de flores, otra vez se recreaba en mostrarme las plantas, los brotes, los capullos, los injertos, las variedades que gustaba de cultivar (...) Ahora en Burgos, de nuevo podía mi madre tener tórtolas y palomas, conejos, un corderito...». Corría el año 1933.

En ese tiempo, Ayala obtiene la cátedra de Derecho Político en la Universidad de La Laguna, que jamás desempeñaría. Viaja por Europa y conoce de primera mano Alemania, donde el nazismo ya se ha instalado en el poder. Vive intensamente la Revolución de Octubre en Asturias en 1934. Aquel otoño sería a la vez feliz e infeliz para el escritor: nació su hija, Nina, y murió su madre, Luz García Duarte. «Mi madre estaba sana, pero la angustiaba una especie de presentimiento o aprensión, como si el bienestar de que ahora disfrutaba no fuera cosa de creerse; como si las bendiciones caídas por último sobre la familia constituyera una carga demasiado pesada y la mucha felicidad agobiara sus hombros vencidos», evoca en Recuerdos y olvidos. Una infección devino en una gangrena y ésta en una septicemia. Nada se pudo hacer por su vida.

Ayala jamás olvidará el funeral celebrado en Burgos: «Aún me siento transido por los cantos solemnes que llenaban la sombría iglesia de las Huelgas durante la misa de réquiem celebrada en exequias suyas. Cuando salí de sus funerales en compañía de mi padre y hermanos no imaginaba que la mirada de tristeza con que despedí su jardín de flores, su huerto de ciruelos, el arco de piedra que cierra el recinto, sería mi última mirada a esos parajes; que el abrazo con que despedí a mi padre sería el último que podría darle... La muerte, que tantos denuos recibe por su crueldad implacable, fue providencialmente benévola para la madre mía, pues a tiempo llegó de evitarle los tormentos espantosos que, de haber vivido, hubiera tenido que padecer unos meses más tarde».



La guerra civil. Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936, que crisparon aún más al ambiente político en España, Ayala y su esposa decidieron viajar a Chile. En el país andino se enteraron de la sublevación militar del 18 de julio. Viajaron a Argentina para coger un barco que les llevara de regreso a España. Ayala no paró de viajar en aquellos meses, preocupado infinitamente por su familia, que no había podido moverse de Burgos. Ya con el Gobierno instalado en Barcelona, y merced a una de sus cuñadas, cuya condición de ciudadana chilena le permitió viajar a la zona sublevada, tuvo pronto conocimiento de una noticia espantosa. Llevado al presidio de Burgos con dos de sus hermanos, José Luis y Vicente, al padre del escritor «le había tocado entrar cierto día en una de las cotidianas sacas de presos y había sido asesinado junto a los demás infelices», rememora en el libro. Mas aquella no sería la única noticia trágica. «A mi hermano Rafael, reclutado por el ejército a los diecisiete años de edad, lo habían fusilado como desertor».

Reflexiona Francisco Ayala de este modo sobre el dramático final de dos de sus seres queridos. «Supongo que a muchos fusilados debió de sostenerlos en el atroz trance la conciencia airada frente a la injusticia de que eran víctimas. La noticia del asesinato de mi padre y demás desventuras no me concedió el alivio de las lágrimas, sino que me dejó el corazón helado. Pensé de inmediato en mi madre y agradecí que, al menos, la muerte se hubiera adelantado a librarla de tanto sufrimiento...».

[Publicidad - El Equipo - Aviso Legal](#)
[Haga de Diario de Burgos su Página de Inicio](#)

Diario de Burgos. Fundado el Primero de Abril de 1891
Publicación digital controlada por OJD
© Copyright Diario de Burgos. All Rights Reserved